

La nostalgia de la Guerra Fría

IGNACIO RUPÉREZ

Si en algo se diferencian el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética de otros periodos históricos es en la rapidez con que se está procediendo a la revisión de los mitos. Muchos años se necesitaron para que los historiadores, y no los políticos, dedujeran los beneficios que para el sistema internacional y para amplias áreas de población con variedad étnica y religiosa traían por ejemplo el Imperio Austro Húngaro o el Imperio Otomano, tan denostados por los políticos. Pero pocos años más tarde son los políticos y no tanto los historiadores quienes precisamente contemplan el pasado soviético de manera circunspecta o vergonzante. Que no debían haberse desmoronado los imperios o que han dejado paso a realidades muy poco satisfactorias es al menos una actitud de generalización y extrapolación que aparece en círculos occidentales al día siguiente de contemplar la caída del Muro de Berlín o la desintegración soviética. Desde siempre para los norteamericanos la Guerra Fría ha sido una larga guerra, pero para los europeos una larga paz, calificaciones contradictorias que por sí mismas significan la

pérdida o alteración de convicciones sobre el sentido que se concedía a esa época histórica.

Numerosos ejemplos en los países de lo que se denominaba la Europa Oriental y de lo que se denominaba la Unión Soviética, ven traicionadas las esperanzas que se encerraban a duras penas en la olla del sistema soviético y que al liberarse parecían llamadas a configurar una especie de nueva era de armonía universal y paz perpetua. Por conocimiento de lo que antes se hallaba oculto, o por aceleración de un proceso de podredumbre, sabemos que el conjunto de estos países estrenó su libertad en un círculo de desastres económicos, rivalidades territoriales, conflictos étnicos y desmoralización política, que no sólo desautorizan el optimismo sobre la nueva realidad europea sino que tampoco dejan fuerzas para su consolidación como naciones libres y soberanas. Occidente, y los Estados Unidos en especial, ha sido hasta

ahora incapaz de acudir en ayuda del Este europeo con la rapidez y la eficacia del Plan Marshall tras la II Guerra Mundial. Efectivamente no se necesitaba el transcurso de muchos años para advertir que la Guerra Fría era una situación tan anómala e inadmisible como confortable, que incluso ha

«No se necesita el transcurso de muchos años para advertir que la Guerra Fría era una situación tan anómala e inadmisibile como confortable.»



reportado enormes beneficios para quienes la sufrían desde fuera.

La sustancial movilización de recursos militares y políticos, primero contra el fascismo y luego contra el comunismo, por ejemplo, contribuyó de manera decisiva a la consolidación interna e internacional de los Estados Unidos. Unos cincuenta años de incesantes compromisos globales fortalecieron el aparato estatal a costa de los poderes de los Estados y dentro del círculo federal el poder ejecutivo creció a expensas del poder judicial y del poder legislativo. El Presidente de los Estados Unidos llegó a convertirse en el dirigente indiscutible de lo que se llamó acertadamente la República Imperial. Su poder no se limitaba al ámbito de un país sino que se extendía a las áreas políticas, militares y económicas más delicadas del mundo libre, actuando como comandante en jefe de unas fuerzas armadas internacionales, con el dedo en el botón nuclear para disparar contra lo que el Presidente Reagan acabó clasificando como el Imperio del Mal.

Cañones y mantequilla.

Además, como el sistema norteamericano se orientaba a ganar la carrera a los soviéticos, tanto en las armas como en la conquista espacial, pero también a mantener y mejorar un alto nivel de vida para la población, durante la Guerra Fría tuvo que perfeccionarse en la gestión económica y empresarial, en la producción industrial, etc.; aumentó la calidad de los servicios y en fin se desarrolló el Estado de Bienestar. Gracias a la Guerra Fría acabó de forjarse la identidad nacional norteamericana. Lo que hoy entendemos como el norteamericano, o lo que nos han proyectado, ese prototipo de ser humano bello y justo, con la Biblia en la mano, empleado siempre en la lucha por causas nobles, ha perdido la clave comparativa que residía

justamente en la maldad, intrínseca y sin paliativos, del enemigo soviético. En las mentalidades colectivas de los Estados Unidos estaba muy claro que el país era el más poderoso del mundo, pero también el que proporcionaba más libertad y un modo de vida lleno de oportunidades. Salvador del Viejo Continente, exportador de valiosos productos culturales, creador de un sistema original de vida y comportamiento, etcétera. Investigar la gran expansión de los Estados Unidos desde los cuarenta a los noventa de alguna forma recuerda la labor de

Tocqueville más de cien años antes en *La democracia en América*. Si este libro vuelve a situarse en un primer término como valiosa descripción de otro proceso de expansión, el fin de la Guerra Fría suscita serios interrogantes sobre el futuro del país o genera una nostalgia más o menos declarada, porque puede marcar el comienzo de una etapa

de decadencia política y de erosión del modelo configurado por la II Guerra Mundial y la rivalidad con la Unión Soviética. Precisamente empiezan a menudear los análisis de procedencia norteamericana en que se cuestionan los grandes poderes que aún y quizás sin objeto determinado detentan el Presidente o el Gobierno Federal, y se denuncian crecientes amenazas contra el Estado de Bienestar o la cohesión nacional. Para ese país de minorías mayoritarias que ya no son ni blancas, ni anglosajonas, ni protestantes, que incluso se enfrentan violentamente entre sí, como poco empezaría una época que para Brzezinski es de introspección filosófica y autocrítica cultural. Actitudes no muy usuales en los Estados Unidos que conocíamos.

En la medida en que tales actitudes prevalezcan, y en la medida en que en los Estados Unidos se proceda a un nuevo repliegue aislacionista, se opte por una dedicación más intensa a los problemas domésticos, palidecerá ese conocido proyecto del Occidente unido y voluntarioso, dirigido por una Norteamérica comprometida en

«El Presidente de los Estados Unidos llegó a convertirse en el dirigente indiscutible de lo que se llamó acertadamente la República Imperial.»



la defensa de la libertad y que políticamente simbolizaba nuestra época hasta hace muy pocos años. Pero de momento son la inercia y la repetición las que tal vez mejor expresen, por supuesto sin pretenderlo, la nostalgia del tiempo pasado o la incapacidad para generar comportamientos distintos. Movidos por la dinámica imperial y las tensiones para emplearse contra un enemigo formidable que ya no existe por mucho que se pretenda, los Estados Unidos pueden propiciar, o han propiciado, intervenciones sin éxito militar, sin el respaldo del consenso nacional o sin rendimientos políticos para el Presidente y su partido. El amago o el fracaso nada tienen que ver con esa política tan consistente, desarrollada durante tantos años para contener las ambiciones ideológicas y territoriales de la Unión Soviética, esa gran estrategia apoyada en un permanente despliegue militar y que se definía en múltiples tratados concluidos con las naciones amigas.

Riesgos calculados. La Guerra Fría aseguraba el reparto del mundo entre la Alianza Atlántica y el Pacto de Varsovia y sus aliados respectivos, concediéndoles el monopolio responsable del arma nuclear. Así se hacía previsible el riesgo y se identificaba plenamente al enemigo, lo que no ocurre hoy. Esa polémica sobre la ampliación y la transformación de la Alianza, esos temores a la proliferación del arma nuclear en buena medida derivan de la aparición de nuevos conflictos y amenazas nucleares que el Pacto y la Unión Soviética contribuían decisivamente a mantener bajo control o a eliminar. No era ideal esa situación llena de paradojas, pero puede comprenderse mejor recordando las antiguas leyendas rumanas en que se presenta a Dios y al

«En las mentalidades colectivas de los Estados Unidos estaba muy claro que el país era el más poderoso del mundo, pero también el que proporcionaba más libertad y un modo de vida lleno de oportunidades.»



Diablo como hermanos que se dividieron el mundo amigablemente. Puede compararse de manera favorable con la situación actual, de incidentes descontrolados, comportamientos desajustados al reprimirlos y condiciones de vida que hacen añorar el pasado comunista. Sin la bipolaridad de la II Guerra Mundial, la política de Washington encaminada a lograr un nuevo orden mundial no parece viable, aunque sólo se

porque la opinión pública norteamericana no entiende muy bien por qué los gastos militares siguen siendo tan altos y los compromisos militares tan extensos.

Pareció como si al finalizar la Guerra Fría y venirse abajo la Unión Soviética hubiera desaparecido el principal obstáculo al establecimiento de un nuevo orden, esta vez sí, dirigido por los Estados Unidos y defendido por la Alianza Atlántica. A lo mejor es al revés. Que la Unión Soviética contribuía de manera sustancial al mantenimiento de tal orden entendido a la manera norteamericana, que la existencia de la otra superpotencia, como enemigo y como comparación odiosa, resultaba indispensable para el éxito del sistema de Occidente. De momento las guerras en la antigua Yugoslavia, en Georgia, Azerbaijón, etc., el estancamiento de Ucrania y ciertas torpezas occidentales al imaginar el nuevo orden europeo han echado en falta la labor de control que llevaba a cabo la Unión Soviética como superpotencia o, lo que puede ser peor, han provocado el rechazo a la labor policiaca e intervencionista de Rusia en sus antiguos dominios.

Sin embargo la Unión Soviética ha dejado de ser satanizada y también la Guerra Fría, quizás por el descubrimiento de un viejo nuevo mundo, infinitamente frustrado, en el Centro y el Este de Europa, que por ahora Occidente no es capaz de incorporar y desarrollar, al que se asoma con

medios limitados y un proyecto más limitado aún por rivalidades, a la lucha por el reparto de influencias y mercados entre los principales países de la Unión Europea. El trágico ejemplo de la antigua Yugoslavia puede repetirse, del mismo modo que la desaparición del Telón de Acero, la reunificación alemana y una revitalizada y hegemónica Ostpolitik pueden reproducir ese preocupante esquema de juegos de poder y tensiones étnicas y territoriales que llegaría a dominar el Viejo Continente. Cambiantes e impredecibles coaliciones pueden sustituir la ilusión de que tras la Unión Soviética tomaría forma una Europa unida, coordinada con los Estados Unidos, y ambos en cooperación creciente con Rusia.

¿Qué hacer? ¿Qué está ocurriendo? ¿Hay una excesiva prisa en que se normalicen la vida y la política en las naciones liberadas del Imperio y de la Dictadura? ¿Hay una exagerada desilusión por la lentitud en el cambio y por el retorno de personas y costumbres que parecían definitivamente desaparecidas? ¿Sigue asombrado Occidente ante su propio y presunto éxito? Las hipótesis son muy variadas pero la pereza que por lo general se utiliza en formularlas podría derivarse de esa sensación ante un futuro que no es fácil de prever y configurar, porque el llamado Occidente político está gravemente erosionado. Ese Occidente no ha existido sin la aparición de un enemigo formidable y su ausencia puede reafirmar lo que ya se conocía antes de la Guerra Fría: que la unidad cultural de Occidente siempre fue compatible con las luchas fratricidas, la fragmentación política, el desarrollo de los movimientos nacionalistas y el perfeccionamiento del sistema militar para que unos y otros europeos se mataran entre sí con más efectividad. Por parte norteamericana parece a veces como si

«Sin la bipolaridad instalada a partir de la II Guerra Mundial, la política de Washington encaminada a lograr un nuevo orden mundial no parece viable.»



superponerse a profundas divergencias y la estrategia de la Guerra Fría pretendiera reafirmarse, en lugar de ser sometida a análisis y revisión.

Por parte de la Europa Occidental la desaparición de la Unión Soviética, con la carrera hacia el Este y los Balcanes, ha supuesto el retorno de visiones, intereses,

planes y tensiones egoístas que encajan mal con un proyecto político común que la Guerra Fría hacía mucho más posible. Entonces no se discutía la preeminencia norteamericana ni la vocación política europeísta, sólo había un adversario más o menos previsible y fácil de entender, localizado en un lugar preciso y que en los últimos tiempos únicamente quería mantener el *status quo* internacional y el orden en sus propiedades. Un adversario que además provocaba en el otro actitudes solidarias y hacía buenos a sus enemigos. Es inevitable lamentar que se haya ido. Su desaparición o su retorno a medias, perverso y en forma rusa o pseudo comunista, crea desconcierto, sí, por la magnitud del desorden que ha dejado pero también por la desconfianza sobre la capacidad y la voluntad de Occidente en corregirlo. Precisamente por hacerse eco de tales preocupaciones Vaclav Havel llega a preguntarse si no habrá sido una equivocación apoyar en su día los movimientos de liberación en Europa Oriental, si no habría sido mejor que Occidente prolongara el mantenimiento del sistema comunista. Terrible duda, dolorosa nostalgia, pero actitud de valiosísimo cinismo moral y saludable provocación en una lúcida víctima de la Guerra Fría y el sistema soviético, que ve con claridad que la suerte y el destino del llamado Occidente se deciden en el llamado Este.

Ignacio Rupérez es diplomático y periodista.

